

en el momento de su llegada a la aldea ignorada.
 El ruido de su llegada había venido como un eco perdido hasta el rincón de aquella aldea ignorada.
 El hacendado se alegró demasiado cuando supo por acaso que entre los militares que formaban el séquito del virrey, se encontraba un hermano suyo de menor edad que él, que desde muy joven había pasado á España, después de haber servido algún tiempo en las milicias de Manila. Además, ahora volvía con el grado de Brigadier, grado demasiado honorífico en aquella época, y con la privanza del Virrey que pinía en él toda su confianza en los asuntos militares.
 Una mañana, tres días después del desembarco, el hermano suyo de menor edad que él, que desde muy joven había pasado á España, después de haber servido algún tiempo en las milicias de Manila. Además, ahora volvía con el grado de Brigadier, grado demasiado honorífico en aquella época, y con la privanza del Virrey que pinía en él toda su confianza en los asuntos militares.



El Virrey Venegas había desembarcado en Veracruz y el ruido de su llegada había venido como un eco perdido hasta el rincón de aquella aldea ignorada.

CAPITULO III

DESPUES DE TREINTA AÑOS.

El Virrey Venegas había desembarcado en Veracruz y el ruido de su llegada había venido como un eco perdido hasta el rincón de aquella aldea ignorada.

El hacendado se alegró demasiado cuando supo por acaso que entre los militares que formaban el séquito del virrey, se encontraba un hermano suyo de menor edad que él, que desde muy joven había pasado á España, después de haber servido algún tiempo en las milicias de Manila. Además, ahora volvía con el grado de Brigadier, grado demasiado honorífico en aquella época, y con la privanza del Virrey que pinía en él toda su confianza en los asuntos militares.

Una mañana, tres días después del desembarco, el hermano suyo de menor edad que él, que desde muy joven había pasado á España, después de haber servido algún tiempo en las milicias de Manila. Además, ahora volvía con el grado de Brigadier, grado demasiado honorífico en aquella época, y con la privanza del Virrey que pinía en él toda su confianza en los asuntos militares.

embarco del Virrey en Veracruz, los vecinos de San Roque contemplaron un espectáculo enteramente nuevo en su pacífica aldea; el de un militar de grado superior lujosamente vestido, perfectamente montado y seguido de dos dragones, preguntando por la habitación del hacendado.

Mientras que los vecinos, después de habérsela mostrado, formaban un corrillo en el que se opinaba que aquel militar venía para vender las tierras ó para poner preso de orden del Virrey al hacendado; entraba éste por la maciza puerta de la hacienda y después de haber dado órdenes en el patio á los criados para que se cuidase de los caballos, subía la amplia y sólida escalera de piedra, atravesaba el extenso corredor que conducía á las habitaciones interiores y sin hacer caso de los perros que ladraban alborotados al aspecto de aquellos tres hombres, tan desconocidos para ellos y vestidos de tan extraña manera, ni de los criados que salían azorados al ruido de su sable y sus espuelas, penetraba en el salón y caía en brazos del hacendado exclamando con acento rudo y varonil, pero conmovido:

—¡Ah! mi querido Esteban, al fin te vuelvo á ver después de treinta años de ausencia.

—¡Rafael! hermano mío, exclamó el ha-

ciendado sorprendido al aspecto de aquella visión tan querida para él.

Y los dos hermanos volvieron á abrazarse, sin hablar, sin que se oyese durante diez minutos otra cosa que sus sollozos, esos sollozos de alegría ó de dolor que nos arranca la vista de una persona querida, muerta tal vez para nosotros, pero cuya tumba estaba en nuestro corazón y cuyo recuerdo vivía en nuestra memoria.

Por fin, el militar se desprendió de los brazos de su hermano, y con un acento de chiste y familiaridad, en el que se conocía se trataba de ocultar la emoción del hombre bajo la ruda corteza del soldado, exclamó.

—¡Eh!, pero qué diablos nos estamos girimiqueando ni más ni menos que dos mujeres, cuando por el contrario deberíamos regocijarnos, puesto que vengo á pasar dos meses en tu compañía, con licencia del señor Virrey.

—¡Oh! Rafael, ¡qué dichoso soy con volverte á ver, cuando ya te había creído muerto! ¡Pobre de nuestra madre! en su agonía no pensaba más que en ti, no hizo más que nombrarte hasta su último suspiro, dijo D. Esteban con acento conmovido.

—¡Eh! pero qué diablos nos estamos tan tristes, me obligas á volver á montar á caballo y tomar el pésimo camino por

donde con mil trabajos he venido desde Veracruz, exclamó D. Rafael llevando su mano á sus hijos para borrar los últimos vestigios de las lágrimas, que acaso por la primera vez después de su infancia le arrancaban los tristes recuerdos de los primeros años.

—No, hermano mío, ya no hablaremos más de eso.

Los dos hermanos se sentaron en un canapé.

—¡Diablo! cómo hemos envejecido, continuó el militar con su tono naturalmente jovial. Buen chasco me he llevado, yo que no hace media hora al acercarme á esta aldea, venía pensando en ti y viéndote como eras hace la friolera de treinta años, es decir, un joven gallardo, y en tu años, es decir, un joven gallardo y en tu lugar de aquella estatura elegante, aquellos negros cabellos, aquellos ojos vivos, me encuentro con una estatura encorvada, unos cabellos canos y unos ojos que en vez de brillar con el fuego de otros días, me miran con tristeza y lloran y más lloran.

—¡Ah, Rafael! pero qué ingrato has sido con no hacer caso ni contestar á las cartas que en diversas épocas te he escrito á España, dijo D. Esteban.

—Pues te aseguro que no es muy fácil por cierto, recibir cartas de la Nueva España, cuando no se está ni una semana en un mismo lugar, cuando se hace la

guerra á los revoltosos ó se pelea con los soldados de ese truhán de Bonaparte en Sierra Morena, en Madrid, en Zaragoza; además, si te he escrito dándote razón de mis grados; pero no era muy fácil que las cartas que yo dirigía á México llegasen hasta este rincón donde has venido á meter y donde he sabido que vivías por una casualidad que me hizo encontrar en Veracruz á nuestro antiguo amigo Pérez, quien me dió razón de ti. Pero en fin, me alegro, porque según veo, no estás tan mal puesto y no falta lo necesario. ¿Te acuerdas de lo que decía nuestra buena madre? continuó Don Rafael procurando disimular con su tono jovial su emoción.—Esteban ha de ser más rico que Rafael; pero Rafael ha de pasar mejor vida que Esteban.—¡Oh qué bien adivinó la buena señora!

—¿Y tu salud no se encuentra quebrantada, hermano mío? preguntó Don Esteban con interés.

—Así así, Esteban; mi brazo y mi pie izquierdo se flaquean un poco, por dos mosquetazos que les debo y no les podré pagar ya á esos pícaros franceses; me los recetaron en Zaragoza.

Además, mira mi pecho, añadió desabotonando su casaca de paño de grana y mostrando á su hermano una profunda cicatriz bastante reciente todavía. Este

fué un lanzazo con que me obsequió un bribón polaco en Somo-Sierra....pero no, no, bribón, Dios le haya perdonado, porque tuve la satisfacción antes de caer del caballo, de responder á su lujoso obsequio con un magnífico sablazo que le dividió la cabeza en dos, lo mismo que si fuera una naranja.

—¿Y cómo fué eso, Rafael? interrogó Don Esteban.

—Figúrate que estábamos el general y yo al pie de una colina, dirigiendo la artillería, porque todos los artilleros habían sido lanceados por los polacos, cuando éste me dice:

—Capitán, mire usted, mire qué carnicería están haciendo los polacos sobre nuestros pobres guerrilleros.

—En efecto, exclamé yo, viendo á los lanceros de Poniatowsky cargar sobre nuestros infantes.

—¡Oh! y son los guerrilleros de ese bravo capitán Don Javier Mina, mi buen amigo.

—General, continué, señalando á un grupo de dragones que formaban su guardia de reserva, ¿me permite usted que tome veinticinco hombres de esa reserva?

—Vea usted lo que hace, capitán, ya estamos perdidos y va á aumentar la carnicería inútilmente; pero en fin, tómelos usted.

—Gracias, mi general, dije, y acercán-

dome al grupo de dragones que veían impacientes y sin poderles auxiliar la manzanza de su compañeros, les gritó:

—Ea, destáquense treinta hombres y los que amen al capitán Mina y á sus compatriotas, que me sigan.

En un instante estuvieron á mi lado.

Ahora, muchachos, á galope tendido hasta llegar á donde están esos bribones placos, y á cerrar á sablazos con todo el que esté á caballo.

¡Oh! aquello era magnífico; si no daba uno un sablazo, tenía que recibir un lanzazo, es decir, había que matar ó morir. Los polacos en mayor número caían sobre Don Javier Mina, que viéndose auxiliado se batía como un desesperado; todo era gritos, blasfemias, lamentos, vivas á Bonaparte ó á Fernando, á Francia ó á España; todos nos confundíamos, nos atropellábamos, caíamos del caballo heridos ó desmontados por la violencia de la carrera ó el empuje para dar un sablazo.

Yo vi cerca de mi pecho la hoja de una lanza que para agrado de la vista tal vez, tenía una banderola tricolor; á la extremidad opuesta de esa lanza, no vi más que unos bigotes y unos ojos centelleantes de furor.

Aquí acabó todo, pensé para mí; pero muramos matando, y al sentir en mi pecho el frío del acero, alcé mi sable con las dos manos y después de haberle dado

la dirección, lo dejé caer con todas mis fuerzas á tiempo que caía del caballo.

No sé lo que pasó después.

Cuando volví en mí, eran ya las seis de la tarde según la luz, que ya se iba acabando. Lo primero que vi á mi lado al abrir los ojos, hombro con hombro y pie con pie, lo mismo que si fuera mi hermano, fué al polaco, cuya cara no se me había olvidado á pesar de que sólo le había visto un instante en la mañana: el bribón parecía todavía enojado á pesar de que en defecto de su cabeza había correspondido con generosa magnificencia á su obsequio.

Volvime del otro lado para no contemplar aquel espectáculo, llevé maquinalmente mi mano al pecho donde sentía un dolor agudo, y la retiré llena de sangre; pero no era la herida lo que más me molestaba, yo sentía todo mi cuerpo adolorido, lo cual no era extraño, puesto que como conocí desde luego, los caballos de los dragones y los fugitivos habían pasado sobre mí, lo mismo que si fuera yerbecilla ó césped.

Me levanté con precaución, cuando las tinieblas hubieron inundado completamente el espacio, y favorecido por ellas como comé desde luego, los caballos de hombres muertos, anduve casi arrastrándome hasta una cabaña donde llegué á la media noche.

Las buenas gentes que la habitaban me prestaron auxilios y me informaron del éxito de la batalla. La herida por fortuna no era de gravedad; la punta de la lanza habiendo encontrado un obstáculo en la costilla, se deslizó entre ella y los músculos, causando poco daño.

Así es que cuatro días después, salía yo de allí perfectamente curado; luego que llegué al punto donde se habían reunido los restos del dispendado ejército, supe que se me había creído muerto y se me habían hecho honras fúnebres y no sé cuántas cosas más.

Ocho días después ponían en mis manos un despacho en el que en atención á mis méritos, servicios, etc., se me concedía el grado honorífico de Brigadier.

Dí á todos los santos el obsequio del polaco y aun creo que mandé decir una misa por el descanso de su alma.

Por fin, últimamente he sido destinado á las milicias de la Nueva España que desde la destitución del Virrey Iturrigaray creo no está muy contenta y para acompañar al señor Virrey Venegas que casi ha depositado en mí toda su confianza.

Conque ya sabes, Esteban, en resumen, mi vida, miseria primero, después batallas, batallas, lanzadas, distinciones, aventuras, y alegría en medio de todo.

Ahora te toca á ti.

—En mi vida no hay grandes agitaciones, dijo Don Esteban; siempre he vivido pacífico y obscuro. Diez años después de tu partida murió nuestra buena madre y al verme aislado en la tierra, me uní en matrimonio con una joven colombiana.

—¡Bravo! interrumpió el Brigadier. ¡Bravo! Es decir que tendré una media docena de sobrinitos lo menos. Ea, niños, venid á comocer á vuestro tío que llega de España, dispuesto á daros gusto, á pasearse con vosotros por estos andurriales, á referiros cuentos de batallas.

—¡Oh! no, interrumpió Don Esteban con una sonrisa al ver el rapto de su hermano; mi ventura no debía ser larga, porque dos años después de nuestra unión, mi tierna esposa murió al dar á luz un niño y yo entonces cansado del bullicio de la ciudad, lastimado mi corazón por tanta pesadumbre, dejé pocos años después á Veracruz y me vine á habitar esta aldea, donde había comprado una pequeña hacienda.

—¡Ah! eso es otra cosa; pero ¿es decir que siempre tengo un sobrino? ¿no es así?

—Sí, Rafael, un gallardo joven por cierto.

—¡Bravo! ¿y vive á tu lado? preguntó el Brigadier.

—Sí, desde hace dos años, pues ha permanecido cuatro instruyéndose en un seminario de Puebla.

—Pícaro; ¿y por qué no me lo habías dicho desde luego, para hacerle venir á fin de que le conozca yo?

—Ya que has descansado un poco, despojate de tus armas y vamos á buscarle á su cuarto, para que te enseñemos toda la casa y las siembras, dijo Don Esteban, que se sentía revivir de treinta años con aquella visita tan querida.

El Brigadier se despojó de sus arreos militares y los dos hermanos salieron á los corredores.

—Bonita casa tienes por cierto: lindas vistas, amplitud, alegre aspecto,—dijo Don Rafael,—de buena gana viviría yo siempre contigo.

—¿Y por qué no, Rafael?

—¿Por qué? ¿por qué? porque tengo presentimientos de que no ha de pasar mucho tiempo sin que el Virrey necesite de mis servicios.

—¡Oh! no temas, dijo Don Esteban con una sonrisa; aquí en la Nueva España, se goza de una paz octaviana; y ¿luego en qué fundas tus temores?...

—En nada, absolutamente en nada por ahora, es un simple presentimiento; pero en vez de perder el tiempo en presentimientos, llévame donde esté mi sobrino, ó hazle venir, que ya rabio por conocerle; ¿es acaso aquel muchacho flaco y larguirucho que viene subiendo la escalera? preguntó el Brigadier al ver á nuestro conocido Gil Gómez.

—No, ese joven es un huérfano que se ha criado en mi casa, que ama con exceso á Fernando y á quien éste quiere igualmente bien.

—Qué cara tan franca y tan simpática tiene; pero, si no me engaño, es un joven que á media legua de esta aldea estaba subido en un árbol y que me ha indicado la dirección del camino mejor y más corto para llegar; sí, es el mismo, continuó Don Rafael, reconociendo á Gil Gómez á medida que se acercaba.

Gil Gómez llegó donde se hallaban los dos hermanos.

—Amiguito, mil gracias por el consejo, dijo Don Rafael; pero ¿cómo ha podido usted llegar casi al mismo tiempo que nosotros que veníamos en buenos caballos?

Gil Gómez no respondió; pero bajó los ojos lanzando una mirada significativa á sus largas y ágiles piernas.

—¡Ah! ya comprendo, continuó sonriendo el Brigadier; con esas piernas es usted capaz de aventajar el caballo de más largo correr; pero ¿qué hacía usted trepado en aquel árbol?

—Cogía un nido para el señor cura, que es muy afecto á los pájaros, señor jefe, respondió Gil Gómez.

—Vaya un gusto; pero usted, que debe conocer las costumbres de esta casa, quiere decirme, ¿qué han hecho con mis caballos y los de mis asistentes?

—Ahora que entraba yo por el corral vi á Juan el vaquero que preparaba la pastura de los tres animales, mientras se revolcaban á su sabor en el estiércol.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo el Brigadier, porque desde ayer en la tarde que salimos de Veracruz no hemos encontrado casa, ni un ventorrillo, ni una posada: árboles muy hermosos, campiñas muy bellas, flores de muy bonitos colores; pero muy poco pan para nosotros y forraje para los animales.

—Supuesto que ya cuidan de los caballos, dijo Don Esteban dirigiéndose á Gil Gómez, manda poner el almuerzo y haz que coloquen á esos soldados que acompañan á mi hermano, en el cuartito que está junto al pajar y.... ¿dónde está Fernando?

—Debe estar en su cuarto, respondió Gil Gómez.

Pues ve y dile que venga á saludar á su tío Don Rafael, que como nos habían anunciado, ha vuelto de España.

Gil Gómez corrió á ejecutar lo que se le había mandado.

—Me gusta el muchacho; pero ¿qué tiene que ver con el señor cura de la aldea? preguntó Don Rafael.

—Lo he enviado á él para que le ayude en los cuehaceres del curato.

—Pues no tiene por cierto aspecto de sacristán. Pero si no me engaño, aquel

joven que se acerca es mi sobrino, dijo Don Rafael viendo llegar por el corredor á Fernando acompañado de Gil Gómez.

—Sí, es mi hijo Fernando.

—Acércate pronto, sobrino Fernando acércate á abrazar á tu tío que ya rabia por acabar de conocerte, gritó el bullicioso Brigadier saliendo al encuentro del joven y estrechándole con efusión entre sus brazos. ¡Hola! y qué guapo mozo eres, continuó volviendo á abrazarle. Qué bien sentaría á ese semblante pálido y á ese cuerpo elegante un uniforme de teniente de la guardia particular del Virrey. ¡Oh! más de un corazoncito mexicano había de suspirar tímidamente. Sí, cuando parta, tú también partirás conmigo á las milicias, ¿no es verdad?

Un ligero rubor y un sentimiento de contrariedad se pintaron en el rostro de Fernando al oír ese deseo; pero tan leves, tan impercetibles, que pasaron enteramente desapercibidos. Además, se apresuró á responder con cortesanía:

—Mucho me alegro de conocer á un hermano tan querido de mi padre, y me regocijo también de que venga á hacerme compañía acaso por algún tiempo.

—¡Oh! sí, por dos meses, guapo y cortés sobrino; ya verás qué hermosos días pasaremos juntos; tú conocerás perfectamente todos estos andurriales y pesaremos y cazaremos, porque yo sé quién en

esta casa me dará razón de los sitios donde hay pájaros.

En este momento se presentó un criado á avisar que el almuerzo estaba servido.

—¡Bueno! ¡bravo! ¡viva el almuerzo! gritó el Brigadier, que tengo un apetito como cuatro.

Y los tres se dirigieron al comedor.

—¡Caramba! sólo la vista de esta pieza es capaz de abrirle á uno el apetito; ¡qué alegría! ¡qué luz! ¡qué aire tan fresco se respira aquí! continuó con tono alegre Don Rafael.

El comedor era en efecto una vasta pieza cuyas amplias y envidriadas ventanas caían á una huerta, cuyos árboles se veían verdear agradablemente; el pavimento era formado de anchas losas, los muebles de sólida madera; pero todo tan limpio, con un aire de frescura y bienestar, que justificaba ciertamente la opinión del Brigadier.

Los tres se sentaron á la mesa cubierta con un mantel blanquísimo de tela de Alemania, encima del cual se veían cuatro cubiertos, un jarrón con flores y á los lados de éste dos enormes fruteros de porcelana, llenos de cuantos frutos agradables producen esos climas benditos del Señor.

Gil Gómez, después de haber dado sus últimas disposiciones, vino á ocupar su lugar en la mesa.

—Qué vida tan bella la de provincia, dijo Don Rafael después de haber satisfecho su apetito con los dos primeros frugales platos que se sirvieron; de muy buena gana pasaría yo en esta feliz morada los días que me restan; de muy buena gana haría yo la dimisión de mi empleo al señor Virrey.

—Pues, ¿hay cosa más sencilla que eso? dijo Don Esteban.

—En fin, si hay paz, ya veremos.

—¿Que si la hay? ¿pero de dónde infieres que no, cuando hace tres siglos casi, no hemos tenido para alterarla más que la conjuración del marqués del Valle y el motín de los comerciantes, cuando Iturrigaray?

—Yo sé lo que me digo, Esteban; yo vengo de Veracruz y en un momento solo que he permanecido allí, he observado en los que cumplimentaban al virrey una disposición de ánimos muy parecida á la que había en Madrid, los últimos días de abril, que preparaban un alzamiento nada menos.

—¡Ah! dijo Don Esteban; pero allí había el dominio reciente de un tirano.

—¿Y la luz que ha iluminado en México la independencia de los Estados Unidos? Pero en fin, ¿Dios no lo quiera!

Fernando estaba embebido en sus pensamientos amorosos.

Gil Gómez no perdía una palabra de la conversación.

Reimaron la alegría y el buen humor en todo el almuerzo.

Por la tarde el Brigadier, acompañado de Don Esteban, de Fernando y Gil Gómez, recorrió la huerta y las siembras; en la noche fué presentado en casa del Doctor, acaso con algún pesar de Fernando, que esa noche no habló á media voz con Clemencia y sólo estuvo cerca de ella, en las veces que la acompañó al piano mientras cantaba para complacer al nuevo visitante.

—Linda niña, parece una santita, dijo el Brigadier al salir de la casa de Clemencia; ¡ah! sobrinito, sobrinito, ya he observado qué miraditas se dirigían ustedes á hurtadillas, se me figura que estoy en mis veinte años, yo te contaré también mis aventuras, no te avergiences ni suspites, mi corazón todavía no ha envejecido y puedo muy bien ser tu confidente y tu padrino... y cuanto quieras.

La habitación que fué destinada á Don Rafael estaba situada entre el aposento de Fernando y el cuartito de Gil Gómez.

—¡Oh! voy á pasar una noche magnífica, como hace mucho tiempo no la paso; el cansancio y esta blandísima cama serían capaces de causarle sueño á un adivino, dijo Don Rafael al despedirse de su hermano, que le había acompañado hasta su habitación.

A las once no se oía ni el más ligero

ruido en toda la hacienda y sus habitantes parecían dormir profundamente.

Sin embargo, si el Brigadier hubiese tenido un sueño menos pesado, habría escuchado perfectamente el rechinado que produce una puerta al abrirse, en el aposento de Fernando contiguo al suyo, si advertido por ese ruido hubiese espionado desde su puerta lo que en el corredor pasaba, habría visto á Fernando penetrar con la misma precaución en el cuartito de Gil Gómez, y si se hubiese dirigido á la ventana los habría visto descender con facilidad, desde el ventanillo que daba á la huerta y se alzaba á poca altura del suelo por medio de una pequeña escalerilla de madera, atravesar con precaución el jardín, á fin de no despertar á los criados y á los perros que dormían en el primer patio, saltar una cerca de una vara de altura y correr á través de los solitarios campos hacia la casa del Doctor.

Si atento á todos los ruidos de la noche, hubiese despertado una hora después al murmullo de unos pasos en la huerta, los habría vuelto á ver subir, introduciéndose después en el aposento, y luego habría escuchado á Fernando retirarse con precaución á su cuarto.

Pero el buen Brigadier dormía profundamente y no oyó ni el lejano ladrido de los perros, ni el canto de los gallos de la hacienda.



CAPITULO IV

DONDE SE DA A CONOCER EL PASADO
DE GIL GOMEZ.

Antes de pasar adelante, es necesario que el lector haga un conocimiento más perfecto que el que ahora tiene con el joven Gil Gómez.

Una tarde en que Don Esteban volvía á la hacienda, que hacía poco tiempo había arrendado, después de haber faltado de ella quince días, empleados en un viaje á Veracruz, para el arreglo de la exportación á Tampico de un poco de tabaco, lo primero con que lo recibieron sus criados, fué con la nueva de que esa mañana se había encontrado debajo de uno de los árboles de la huerta una cuna que contenía á un niño, de un